

Dice Lorenzo Meyer, en su nuevo libro *Liberalismo autoritario* (Océano, 1995), que "un indicador que da idea de lo dramático de la situación mexicana en relación a la inseguridad mexicana, a la ineffectividad de su policía frente al aumento de la violencia criminal, apareció en un número de *The Economist* de 1993. En un cuadro de indicadores sociales, ese semanario británico comparó la situación de 1990 en veintidós países que van de Estados Unidos, Suecia y Suiza a Brasil, China e India. México resultó con la tasa más alta de asesinatos: ¡30.7 por cada cien mil habitantes del sexo masculino! La cifra es un poco más que la de Brasil, el doble que la estadounidense, seis veces superior a la de India, veinticinco más que la española y cuarenta y tres veces mayor que la de Japón. ¿Ese es el Estado fuerte prometido? ¿El sistema político más estable de América Latina en el siglo XX termina con uno de los mayores índices de violencia cotidiana?". Ya por algo, el propio Meyer ha recordado a Daniel Cosío Villegas quien, tras examinar las crisis de México, había concluido que por una falla moral fundamental "todos los hombres de la revolución mexicana, sin exceptuar a ninguno, han resultado inferiores a las exigencias de ella". Y Lorenzo Meyer complementa: "Lo mismo se puede decir de los hombres de la posrevolución: todos resultaron inferiores a la tarea para la que ellos mismos se eligieron". La claridad periodística de Meyer siempre ha sido una de sus virtudes. No hay sombras ni medias tintas. Este libro suyo, sin duda, pone demasiados puntos sobre las íes que andan desperdigados en el mundillo político. "El término mismo de neoliberalismo nunca fue aceptado por aquellos que lo aplicaron en México --dice Meyer--, y hay una buena razón histórica para

Liberalismo autoritario

ello. La revolución mexicana, origen de las estructuras y prácticas de la política vigente, se concibió a sí misma como una reacción contra los terribles efectos sociales del liberalismo mexicano del siglo XX en las comunidades indígenas y ciertas capas medias y proletarias. Es por ello que la constitución de 1917 fue, en buena medida, una reacción contra el liberalismo y sus concepciones del individuo y la sociedad. De ahí que el término con que Carlos Salinas de Gortari identificó su proyecto fuese el de liberalismo social, concepto que pretendía ligar la legitimidad del pasado estatista --donde se suponía que el interés colectivo subordinaba al individual-- con la nueva economía de mercado... Frente al término de liberalismo social, otros adentro y afuera de México prefirieron darle un título más simple y más en boga: neoliberalismo. Sin embargo y en sentido estricto, ninguno de los dos calificativos --ni social ni nuevo-- es realmente el adecuado, pues en la práctica aquello a lo que se califica de liberalismo no es otra cosa que un neomercantilismo". Y así como este país se ha ido vendiendo, o rentando, de a poco, los ciudadanos de igual modo hemos ido padeciendo el temor cada vez mayor de la inseguridad pública, producto obviamente de la incapacidad de los gobernantes que, como bien subraya Lorenzo Meyer, ellos mismos se han elegido para gobernar a personas que no quieren ser gobernadas por incapaces de hablar con un gramo de verdad. "En México --dice Meyer--, la inseguridad y la justicia corrupta han sido, desde siempre, dos de las características que han hecho aún más

difícil y miserable la vida cotidiana de los pobres en la ciudad y el campo. Sin embargo, en los últimos tiempos, la sensación y la realidad de la inseguridad y de la inutilidad de la policía y del sistema todo de impartición de justicia, se ha extendido hacia las zonas superiores de la pirámide social. Primero se propagó hacia los sectores medios y, finalmente, desde 1993 rompió la barrera histórica y alcanzó también a los grupos más altos: a la propia élite. La perversa democratización de la inseguridad mexicana". El derrumbe económico, político y moral del salinismo ha impedido que el sucesor que él nombró haya podido "tomar y ejercer efectivamente el poder --dice Meyer--". Si, como afirma una escuela de pensamiento --la realista--, la ética del político es la ética de la responsabilidad, entonces no podemos evitar concluir que en México, y desde hace buen tiempo, el poder no ha estado en manos de políticos, sino de irresponsables". ¿O no es una superlativa irresponsabilidad declarar, en Nueva York el 5 de enero de 1995, que "México no tiene problemas de solvencia ni una deuda excesiva", tal como lo hizo el secretario de Hacienda, Guillermo Ortiz? Lorenzo Meyer se pregunta: "¿Al señor secretario de Hacienda no le pareció excesiva una deuda pública y privada de ciento sesenta y cuatro mil millones de dólares? ¿No es problema de solvencia carecer de los dólares para pagar el papel gubernamental en manos de extranjeros que vencería en los próximos meses? Con razón en Nueva York, Ortiz se hospedó en una suite de mil trescientos dólares por día". Irresponsabilidad y cinismo, probablemente. Aunque la palabra *cinismo* ya vaya quedando chica. Hace falta, para retratar a la clase política, un neologismo. Quizá.

VÍCTOR ROURA